



CAPÍTULO XXV

Estalla el conflicto

Tlaxochimaco, 3 de Mayo de 1857.

SEÑORA: Al llegar á este pueblo en que nací, mi primer cuidado es escribir á usted. ¿Qué más natural que consagrar mi primer pensamiento por escrito á quien tiene el monopolio de todos los míos, que llena mi vida y la completa?

No sabe usted cuán feliz me ha hecho al confesarme que me quiere un poco. Gracias, amada mía; gracias en nombre de todas mis dudas; gracias en nombre de todos mis dolores; gracias en nombre de todas mis penas; gracias en nombre de todas mis ilusiones. ¡Gracias, gracias!

Soy como el pobre *gambucino* que, errante en medio de la noche, enciende fuego en lo más agrio del monte,

y encuentra en los peñascos en que reclinó la cabeza, oro purísimo brotado al conjuro de la lumbre que llevaba. Así yo, errante y triste, apliqué el fuego de mi alma á la que juzgaba peña durísima, y brotó el oro oculto que yo buscaba, la veta rica que necesitaba para saciar mi avaricia de afectos y ternuras.

No vuelva usted á decir que no me ha de querer por ese pretexto de los años. El amor no es suma y resta de guarismos; es unión de voluntades, es compenetración de afectos, es simpatía de corazones.

¡Oh, y cómo ambicionaría que usted, en vez de ser la hermosa, la delicada, la incomparable mujer que es, tuviera sus ojos divinos sin pestañas; su tez de nieve, ajada y marchita; su cintura flexible y airosa, doblada y sin primor! ¿Dejaría por eso de poseer el ingenio soberano, la gracia ingenua y el arte exquisito que ahora posee?

Yo sabía que al fin lograría rendirla. Cuando el gran maestro en amores, el divino Dante, habló del

Amor ch'a nullo amato amar perdona,

dijo la verdad mayor. El amor es como el imán, que atrae el hierro que se encuentra en el fondo de las rocas; es la vida que llama á la vida oculta é ignorada, á la vida latente y sin empleo.

No sabe usted cuánto ansío verla; pero verla á solas, hablarla despacio, besar sus pies, aspirar su aliento, agradecerle, en fin, como debo, el favor que me hace otorgándome ese cariño que es el bien mayor á que podía aspirar, la recompensa más grande que podía darme después de una vida de abnegación y sacrificio.

Quiero hablarla á solas para que me repita de viva voz lo que en su carta me dice; para dejar de oír hablar de conspiraciones, de muertes, de pronunciamientos y de la maldita política. Quiero que me haga usted feliz y morir enseguida. Aquí donde tengo tantos afectos, donde me rodean tantas ternuras, donde me retienen tantos recuerdos, siento nada más que el deseo de ausentarme, de volar al lado de usted.

¡Cómo me duele ser tan oscuro, valer tan poco, poder ofrecerle tan sólo la insignificancia de mi persona! Ahora quisiera ejecutar algo grande, algo sonado, algo famoso que me diera nombre y á usted satisfacción. No sabe usted cuánto siento ser, en vez de un personaje ilustre, de un jefe de Estado, de un ser poderoso que dispusiera á su antojo de miles y miles de hombres, un pobre militar-cillo sin nombre y sin valer.

Creo que á fines de esta semana, á más tardar, habré concluído mi comisión y podré regresar á esa. Entonces, de palabra, diré á usted cuánto la adora

J. P. DE LA LL.

México, 10 de Mayo de 1857.

Juan: Si usted sabía que acabaría por amarle, yo sabía algo más, y era que usted me querría y que yo había de quererlo. Ya ve usted si soy franca.

Me dirá usted: si tenía esa convicción, ¿por qué dejó que la quisiera y no me rechazó, puesto que creía que su deber y la conveniencia la alejaban de mí? Y si pensaba que debía quererme, ¿por qué no me lo dijo desde luego?

¡Ay, amigo mío! El corazón no entiende lógica ni álgebra, ni leyes codificadas ó sin codificar. Cuando le conocí, sentí simpatía por usted; pero mi simpatía era la que siente un maestro de vocación al ver á un arrapiezo despierto y entendido, demostrar buenas disposiciones para recibir la enseñanza.

Después, al ver á usted con esa habilidad para la vida, con esa lealtad innata, con esa bondad característica suya, conocí que, al mismo tiempo que maestra, sería discípula de usted, ya que tenía mucho que aprender de quien tenía la suprema habilidad, la habilidad de hacerse querer.

Ha triunfado usted, pues, aunque su triunfo no sea grande ni digno de envidia; pero, sea como fuere, aquí le aguardo, dispuesta, como dice, á hacerlo feliz, pero también á recibir la felicidad que usted me debe.

Hasta muy pronto.

ANARDA.

Al margen dos plecas negras, arriba un angelón con una faja que dice: *Requiescat in pace*, al pie un renglón de góticas que reza: *Tremendo acontecimiento*; y luego, con tipo de *atanasia*, esta relación:

«Un terrible acontecimiento, de esos que sólo ocurren en épocas como la presente, de relajamiento de todos los lazos y pérdida de todas las energías, acaba de sumir en el desconsuelo á una familia respetabilísima. Los jóvenes Pedro y Andrés Ruiz de Esparza, pertenecientes á la parte más selecta de nuestra sociedad, é hijos de padres distinguidísimos, han muerto en circunstancias verdaderamente trágicas.

»El joven Andrés, guiado por consejos de personas mal intencionadas, se había filiado en lo más exaltado del partido progresista, y aun contra el parecer de los señores sus padres, cuya severidad de principios es bien conocida, se alistó en las tropas liberales, en las cuales obtuvo bien pronto el grado de capitán.

»Su hermano Pedro, por el contrario, siguiendo la tradición de sus tíos, el marqués de Vivanco, el señor conde de Casa Heras Soto y otros varones que han dado lustre y honor á su patria, sentó plaza en el ejército que defiende las buenas ideas y los derechos é inmunidades del clero católico.

»Parecía difícil que los dos hermanos llegaran á encontrarse; pero es el caso que el veinte del actual, en un

pueblo llamado San Bartolo y con motivo del juramento de la Constitución, esa ley exótica que tantos males nos ha traído, el joven Pedro, capitaneando á los vecinos, se propuso impedir el acto que se preparaba.

»Apenas había empezado una escaramuza, cuando de improviso gentes del bando demagógico que á su vez dirigía el joven Andrés, salieron gritando mueras á la Iglesia y á los fueros.

»El resultado de la refriega, además de numerosos muertos y heridos, fué la muerte de Pedro, que quedó en



el campo atravesado por una bala certera de las tropas que mandaba su hermano; el joven Andrés cayó difunto en las orillas del lugar, presumiéndose que los suyos, deseosos de robarlo, le infirieron la herida que presentaba en el cráneo.

»Acontecimientos como éste desconsuelan en gran manera, pues demuestran que la desunión ha penetrado hasta el seno de familias tan antiguas y de principios tan arraigados como la que hoy se halla sumida en el dolor más acerbo. ¡Tristes y dañados frutos de las doctrinas que predicán los apóstoles del error y la impiedad!

»Enviamos nuestro pésame al señor licenciado Ruiz de Esparza, nuestro respetable amigo, y á su digna y virtuosa compañera, haciéndolo extensivo á toda la familia herida con tan espantosos sucesos.»

(*Diario de Avisos*, correspondiente al 23 de Mayo de 1857).

Relación semejante de los hechos, y como comentario:

«Casos así debían abrir los ojos de esos hombres funestos, que empeñados en defender bienes terrenos, excitan las pasiones, introducen la división en las familias, quebrantan los lazos más sagrados y causan daños de inmensa trascendencia.

»Esos que ahora esgrimen á un tiempo el crucifijo y el mosquete, esos que gastan el dinero de la Iglesia en cruces coloradas y en anillos de plata, esos hombres son los autores de las muertes de los jóvenes Ruiz de Esparza.

»Bien sabemos cómo defenderán estas atrocidades los eternos sectarios del obscurantismo y la ignorancia; pero, sean cuales fueren sus argucias, ellas no podrán desva-

necer este hecho: han traído la desolación á una familia estimabilísima por el afán de poseer cosas que el primer liberal del mundo execró, diciendo que aquel que las tuviera no entraría al reino de su Padre celestial.

»Nos veremos, hijos de Loyola.»

(*El Monitor Republicano*, de la misma fecha).

«Ya pueden estar satisfechos Lázaro Ballesteros y su pandilla de curas ladrones é incendiarios. ¡Qué hazaña tan propia de ellos! ¡Qué honra para los discípulos de Pedro Arbués, de Torquemada y de Domingo de Guzmán! ¡Qué placer reproducir las hazañas del horrendo tribunal llamado *Inquisición!* ¡Qué gloria levantar sobre pedestales de cadáveres de hermanos el poderío que ambicionan! Así se obra, señores clericales; esa es la piedad que nos traéis.»

(*El Horóscopo*, periódico descamisado).

«Fácil nos sería hacer los comentarios á que el espantoso acontecimiento se presta, que en verdad no son pocos, ni favorables al bando conservador; pero, más que eso, preferimos asociarnos al dolor que embarga el ánimo del señor licenciado Ruiz de Esparza, nuestro particular amigo, y al de su bella, simpática é ingeniosa compañera.

»Ella, que en esa casa y en toda la sociedad mexicana representa la gracia, la elegancia, el talento y la bondad,

no debía hallar á su paso sino rosas, no debía sentir sino satisfacciones, no debía gozar sino placeres.

»Pero, ya que ha tenido la mala suerte de perder en un solo golpe á los dos pedazos de su corazón, á las dos criaturas que más amaba en el mundo, á los dos seres que más quería su alma sensible, no nos queda sino deplorar caso tan espantable, deseando á la señora y á toda su distinguida familia la resignación que tanto han menester.

»Paz á los difuntos, y lágrimas á los que quedan en el mundo para llorarlos.»

(*El Siglo XIX*, de 24 de Mayo de 1857).

México, 25 de Mayo de 1857.

Juan: Dios me ha castigado antes de lo que pensaba; yo, que no creía en el pecado, ó mejor dicho en las consecuencias del pecado; yo, que en mi sistema especial de penas, abolía el infierno y sólo conservaba el purgatorio como lugar de suave y callada expiación, en que se aguarda el paso á punto mejor, he tenido que convenirme de que el infierno existe y de que se puede trasladar á la tierra.

He desafiado á la Justicia Divina, he sido pecadora y relapsa, he arrojado flechas al cielo, y esas flechas me han

vuelto ensangrentadas. ¡Sirva esta angustia para desquitar aunque sea unas pocas de mis culpas!

Cuando me preparaba á pecar de nuevo, quizás á escandalizar á las gentes, después de inducir á usted á ofender á Dios, el cielo me advierte que no está sordo, que ni tarda, ni ovida, que soporta y tolera iniquidades no más hasta cierto punto; pero que, lleno el vaso, colmada la medida, el pecador es á manera del sarmiento seco que el labrador echa en el fuego.

Cuando con incitativo melindre me negaba á los deseos de usted, ¡qué dosis tan grande de coquetería, de perversión, de infamia y doblez había en mí! Era como serpiente que acecha á los pajarillos, como infame logrero que predica el desinterés cuando trata de robar más caudales y de ser más inexorable con sus víctimas.

Me he herido con mis propias armas, me he convencido á mi costa de que la ley moral tiene también sus fueros imposibles de violarse. ¡Bendito sea el Señor que me abre los ojos! ¡Quizás no sea demasiado tarde!

Como verá por los recortes de periódicos que le remito, nadie ha llegado á saber el verdadero motivo de la muerte de mis hijos; quizás este motivo permanezca oculto siempre, para que el nombre de mi desgraciado esposo no sirva de escándalo á las gentes.

Lea la carta de mi pobre Andrés y la mía, y devuélvamelas con el *propio* que lleva ésta, que es persona segura.



De hoy en adelante no más galas...

En cuanto á mí, no me busque, ni trate de hablarme ni de tener comunicación conmigo. Hoy visto el hábito de San Francisco, y espero no dejarlo nunca, pues con él se me ha de enterrar. Soy como aquel Santo de quien le hablaba, «que dió mucho escándalo al mundo con su vida»; quizás á mí, como á él, me perdone Dios los pecados que cometí contra su ley y contra la ley de los hombres.

De hoy en adelante no más galas, no más amistades mundanas, no más vanidades ni más apariencia. Voy á encerrarme en mi casa, á rezar y á pedir á Dios mucho por los muertos y un poco por mí. Él me ayude á llevar esta cruz con la resignación debida.

En cuanto á usted, perdóneme, se lo ruego, las ocasiones que le ofrecí de pecar; no está bien que con tan poca autoridad me ponga á dirigirle amonestaciones; pero sí que como persona que le ha tenido cariño, lo exhorte á considerar que no sabemos el día ni la hora en que nos visitará la adversidad, y que debemos estar prevenidos.

Muy de veras le aprecia

ANARDA.

30 de Abril de 1857.

Mi querida madre: Me hallo en el Estado mayor del general Moreno, á que me destinó el señor Comonfort.